

Declaraciones de un desdichado poeta

Han pasado muchos años, pero todavía cerrando los ojos, veo aquella sala intacta, llena de luz y de personas distinguidas, colmada la mesa de manjares, diseminados por las paredes ricos espejos y grupos de garridas mujeres luciendo pedrerías que al chocar con la luz de las arañas sonrientes hacían visos totalmente fugaces.

Aquella sala y aquellas mujeres parecían un hallazgo en el pincel de Wattean, todo belleza más o menos immaculada, todo pulcritud, todo ecos de risas argentinas salidas de unos labios de púrpura bien dibujados...todo sedas, olas invisibles de perfumes embriagantes, colores delicados y envolviendolo todo destacaba el brillo. Allí se alternaba el vino aúreo y la champaña burbujeante, con los aromáticos cigarrillos depositados en una amplia bandeja de plata.

Tras de aquel desfile de manjares todos quedamos satisfechos, todos silenciosos, una joven se fué a un rincón de la sala y dejó resbalar por las amarillentas teclas de un piano sus manos diminutas de carne de rosa, miramos con sorpresa hacia aquel lado, como si de una fuente cristalina y parlante surgiese una ninfa que dejara escapar su voz mágica por las hojas de los corpulentos robles hasta el confín de la selva. Escuchamos atentamente, contemplamos sus cabellos que eran auténticas hebras de oro, y quedamos extasiados.

De aquel rincón lustroso donde reinaba el oro, nació la pasión que me arrancó glacialmente los mejores años de mi vida, esa pasión que me hizo frecuentar las bibliotecas de libros viejos y llenos de polvo, esa pasión que me persuadió a buscar la soledad de mi alcoba para dejar charlar a mi torpísima pluma, mientras mis amigos discutían sobre la literatura de altos vuelos o toreros de buena pasta.

En aquel rincón, el lustro se volvió lodo, de aquella luz sonriente solo queda miserable penumbra, las bellas mujeres han volado muy lejos de allí, los manjares queda reducidos a la penuria, y aquella sala espléndida, es hoy albergue para un rebaño de ovejas y para un arapiento zagal que toca una flauta con agudísimas y desagradables notas.

Y esta fué la causa de una pasión que trocó en manía.

José Marino Gómez Santos

(16 años)